



INTRODUCCION

Hijo de un coronel español que fuera mayor de órdenes de Iturbide, de un guerrero y de una santa, como lo proclamaría, secretario de Manuel Eduardo de Gorostiza, bajo cuyas órdenes se batió en Churubusco con el batallón *Bravos*; arrojado, al punto de seguir a Peñúñuri en su tentativa de romper el cerco de los invasores norteamericanos, severo consigo mismo: ni un naípe, ni un día de embriaguez, elegante, compañero inofensivo de las mujeres, dócil con los sacerdotes, hábil para dejar caer al oído de los poderosos una frase oportuna, conocedor de las normas de salón, amigo del cardenal Antonelli, grato al Papa Pío IX, quien al verlo exclamaba: “*Ecco il mio compagno di Gaeta*”, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar fue, más que un diplomático mexicano, un representante del Plan de Iguala ante cortes y gobiernos de Europa.

Poco sabíamos de Hidalgo y Esnaurrizar, hasta la publicación del libro de Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, en cuyas páginas se divulgan los documentos del archivo de Austria, se informa de la participación de las cancillerías europeas en la aventura del infeliz Maximiliano y se descorren, en fin, las cortinas, para presenciar lo que ocurría en los salones privados de las Tullerías.

Un día de septiembre de 1861, José Hidalgo recibió carta de México, en que le notificaban la suspensión de pagos extranjeros, decretada por Juárez en 17 de julio, e intenta su *grand coup*: “Majestad, dijo a la atolondrada emperatriz Eugenia, acabo de recibir unas cartas muy interesantes, los sucesos nos favorecen y creo que la idea de una intervención y del imperio se puede realizar. Quisiera decírselo al emperador.”²²⁸ Eugenia, escurriéndose, domi-

²²⁸ Conte Corti. Ob. cit., pp. 78-80.

nando su voz, haciendo la boba que intuye la verdad, indujo a Napoleón a oír y aceptar el nombre dejado caer, como sin revelar interés alguno, del que podría ser “emperador de México”: Fernando Maximiliano. De entonces partiría, como un destino forjado en papeles secretos, la aventura imperial. La “logorrea ultramontana” de Gutiérrez Estrada, la obsesión de Miranda y la socarrona adhesión de Almonte, se ponen en actividad. En aquel “océano de incoherencia europea —escribió Alfonso Reyes— que es para avergonzarse del género humano, sólo sobrenadan, un poco de casualidad, el buen sentido hispánico que no se embarcó en la aventura; el realismo inglés, que no comulgó con ruedas de molino; y —justo es señalarlo— la diplomacia austriaca, que cumplió valientemente con su deber, y en vano se esforzó por hacer ver a los monarcas lo disparatado de aquella empresa.²⁹⁹ De ese océano disparatado, Hidalgo no sería sólo actor sino autor: sus *Proyectos de Monarquía en México*,³⁰⁰ son un breve tratado de la ideología y los intentos de establecer una casa reinante en México; en realidad, de cumplir el Plan de Iguala. Hidalgo expone los propósitos de los monarquistas, del clero aturdido por las leyes de Reforma, de los generales ambiciosos de medallas y tierras; más que un relato, es una confesión de parte, una prueba irrefutable para conocer qué ideales y principios merecen el nombre de mexicanos. Hidalgo, como Miranda, como todos los intervencionistas de 1862, expone el viejo dilema: o interviene Europa o los Estados Unidos nos absorben, haciendo caso omiso de los mexicanos, poniendo a un lado al país, salvo a la minoría de las llamadas gentes de orden, de los propietarios, de los que aspiraban a vivir como señores de la Nueva España. El alegato de José Hidalgo es, aparentemente, antiimperialista, fundado en el temor a los norteamericanos, de ahí que algunos irreflexivos pretendan calificar los intentos monárquicos como patriotismo equivocado. Nada más falso: los conservadores, al someterse a la voluntad de Napoleón III —como en el informe de la Asamblea de Notables lo afirmaran—, renunciaron a su ciudadanía, se hicieron,

²⁹⁹ Alfonso Reyes, *Un eclipse humano*, en Obras Completas. Tomo IX, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pp. 368-9.

³⁰⁰ José (María, por Manuel) Hidalgo, *Proyectos de Monarquía en México*, Prólogo de Angel Pola y Benjamín Gyves, México, 1904, 383 pp.

por una meditada elección, extranjeros en su patria. Favoreciendo la expansión de Francia, cuando había sobrados ejemplos de sus guerras en Argelia y en China, borraron hasta la menor huella de la tradición diplomática de México, ya establecida desde los tiempos de Guadalupe Victoria, sacando de no se sabe dónde, el derecho de conquista.

Cuando el imperio se vino abajo, desaparecieron en Europa, haciéndola, como José Hidalgo, de escritores, y aumentando las filas de los que tenían, por tarea hereditaria, la delicia de lamentarse.